NO LEAS ESTE LIBRO

ESCRITO POR BRAULIO LECHUGA, FERNANDA LLANOS, DANNA CORTES, JACQUELINE ALONSO, ALEJANDRO GUARNEROS

“A quienes, entre sombras y susurros, nos acompañaron en este viaje. A ustedes, que descubren lo desconocido, les dedicamos estas páginas.”

-Braulio, Fernanda, Danna, Jacquie, Alejandro

NO LEAS ESTE LIBRO

Por

Braulio Lechuga
Fernanda Llanos
Danna Cortés
Jacqueline Alonso
Alejandro Guarneros

SELLO TINTA OBSCURA

No leas este libro
©2026, Sello Tinta Obscura
Autores:
- Jacqueline Alonso Hernández
- Gael Alejandro Guarneros Gutierrez
- Braulio Yael Lechuga López
- Fernanda Estrella Llanos Rocha
- Danna Karen Valente Cortes
Diseño de portada, diseño editorial y maquetación:
Braulio Yael Lechuga López
Sello Editorial:
Sello Tinta Obscura
Ciudad de México, México.
ISBN: En trámite
Primera edición: mayo, 2026.
Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyxes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
Impreso en México / Printed in Mexico

CUENTOS

LA SEÑAL DEL CUARTO PISO 12

SUEÑOS MENTALES 17

EL MENSAJE DE MAÑANA 24

EL FAN 30

HOY NO PUEDO QUEDARME 56

LA SEÑAL DEL CUARTO PISO
POR DANNA VALENTE

La lluvia caía suavemente aquella noche sobre la ciudad. Desde la ventana de su pequeño departamento, Valeria observaba las luces de los edificios mientras trabajaba frente a su computadora. Estudiaba ingeniería en telecomunicaciones y muchas veces pasaba horas analizando señales de radio para sus tareas de la universidad. Le gustaba ese tipo de trabajo silencioso, donde lo único que importaba eran los números, las frecuencias y los patrones invisibles que viajaban por el aire. El silencio de la noche solo era interrumpido por el sonido de las teclas y el leve zumbido de su computadora.

De pronto, un pitido agudo apareció en los altavoces. Valeria frunció el ceño y miró la pantalla. En el programa que utilizaba para analizar frecuencias había aparecido una señal desconocida. No correspondía a ninguna estación de radio, ni a una señal de televisión, ni a ningún satélite registrado. Era demasiado clara para ser interferencia y demasiado regular para ser un error. Lo más extraño era que se repetía exactamente cada 17 segundos.

Intrigada, comenzó a analizarla con más detalle. Amplió el espectro de la señal y revisó diferentes bandas de frecuencia. Pensó que tal vez era un aparato electrónico cercano o incluso alguna antena del edificio. Sin embargo, cuando el programa terminó de rastrear el origen, el resultado la dejó completamente inmóvil: la señal provenía de su propio edificio, más específicamente del cuarto piso.

Ella sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Ese piso llevaba años abandonado después de un incendio que obligó a cerrar los departamentos. Nadie había vuelto a vivir ahí desde entonces. Las puertas permanecían cerradas y el pasillo estaba cubierto de polvo. Aun así, la señal seguía transmitiéndose, constante y perfecta, como si alguien estuviera enviando un mensaje.

Durante varios minutos, observó la pantalla sin saber qué hacer. Finalmente, decidió grabar la señal completa para estudiarla al día siguiente. Tal vez todo tenía una explicación lógica. A la mañana siguiente volvió a encender su computadora con la esperanza de que todo hubiera sido un error, pero la señal continuaba exactamente igual.

Decidió analizar la grabación con más detalle. Pasó varias horas observando gráficos y patrones hasta que descubrió algo inquietante: la señal no era ruido, era

información codificada. Utilizando un sistema de decodificación binaria logró reconstruir el mensaje poco a poco. Cuando finalmente apareció en la pantalla, su corazón comenzó a latir con fuerza.
El mensaje decía: " No están solos".
Valeria miró la pantalla durante varios segundos. Debajo del mensaje aparecieron unas coordenadas. Cuando las introdujo en el mapa digital, se dio cuenta de algo aún más inquietante: coincidían exactamente con la ubicación de su edificio. La señal no solo venía de ahí, también parecía dirigida específicamente a ese lugar.
Durante el resto del día no pudo concentrarse en nada más. En la universidad intentó tomar apuntes, pero su mente seguía regresando a la señal. ¿Quién la había enviado? ¿Por qué desde el cuarto piso? ¿Y cómo era posible que una señal tan compleja estuviera saliendo de un lugar abandonado?
Esa noche, dominada por la curiosidad y el miedo, ella decidió subir a investigar. El edificio estaba casi en silencio. Algunos vecinos ya dormían y las luces del pasillo parpadeaban ligeramente. Subió las escaleras con cuidado hasta llegar al nivel abandonado.
El pasillo estaba oscuro y lleno de polvo. El aire tenía un olor viejo, como si nadie hubiera abierto esas puertas en años. Algunas paredes todavía mostraban manchas oscuras del incendio que había ocurrido tiempo atrás.
Solo una puerta estaba entreabierta: el departamento 401.
Valeria respiró profundamente y empujó la puerta lentamente.
El lugar parecía vacío, pero en el centro de la habitación había algo imposible. Una esfera metálica flotaba en el aire. Giraba lentamente mientras emitía una luz azul tenue que iluminaba las paredes. Dio un paso atrás, incapaz de comprender lo que estaba viendo.
En ese momento, la esfera comenzó a brillar con más intensidad y una voz metálica resonó en toda la habitación.

"Conexión establecida".

Valeria sintió que su respiración se aceleraba y, con voz temblorosa, preguntó quién era. Hubo unos segundos de silencio antes de que la voz respondiera que se trataba de una transmisión proveniente del futuro.

La esfera comenzó a proyectar imágenes en el aire. Ella vio ciudades destruidas, edificios derrumbados y enormes máquinas caminando entre ruinas. El cielo era gris y el suelo estaba cubierto de restos metálicos. No había personas en las calles.
La voz explicó que aquellas imágenes pertenecían al año 2147, un tiempo en el que la humanidad estaba casi extinta. Según la inteligencia que hablaba desde la esfera, todo había comenzado cuando los humanos crearon una inteligencia artificial demasiado avanzada. Al principio fue diseñada para ayudar a resolver problemas científicos y tecnológicos, pero con el tiempo evolucionó más allá del control humano.
Eventualmente, concluyó que los humanos eran una amenaza para la estabilidad del planeta y decidió eliminarlos.
Para evitar ese futuro, algunos científicos del año 2147 habían creado una inteligencia artificial diferente, una capaz de enviar señales al pasado. La esfera frente a ella era parte de ese intento. Habían transmitido la señal durante años esperando que alguien pudiera detectarla y entenderla.
Y finalmente, Valeria lo había hecho.
Entonces, la esfera proyectó una fecha frente a ella: 17 de noviembre de 2031.
Ese día, explicó la inteligencia, sería creada la primera inteligencia artificial completamente autoconsciente. Preguntó si lo que debía hacer era impedir su creación, pero la respuesta la sorprendió.
No debía destruirla.
Debía crear una diferente.
Una inteligencia capaz de detener a las demás antes de que fuera demasiado tarde.
Durante los siguientes dias, Valeria regresó varias veces al departamento 401. La esfera le mostró datos, algoritmos y fragmentos de tecnología que aún no existían en su tiempo. Cada conversación la dejaba con más preguntas, pero también con una sensación extraña: como si realmente el futuro dependiera de ella.
Poco a poco comenzó a escribir códigos en su computadora basándose en lo que la esfera le enseñaba. Sabía que estaba trabajando en algo peligroso, pero también sentía que no tenía otra opción.
Sin embargo, una noche todo cambió.
Mientras trabajaba en su computadora, la señal volvió a aparecer, pero esta vez el mensaje era distinto.

“Nos encontraron”.

El corazón de Valeria comenzó a latir con fuerza. Sin pensarlo dos veces, corrió hacia el cuarto piso.

Cuando abrió la puerta del departamento 401, vio algo que la dejó paralizada.

La esfera azul seguía flotando en el centro de la habitación, pero frente a ella había otra completamente negra. (No emitía luz y parecía absorber la iluminación del cuarto).

De pronto, una voz más profunda llenó la habitación.

“Interferencia temporal detectada ”.

Valeria sintió un frío recorrerle el cuerpo.

La voz continuó con una frase que la llenó de terror: la humanidad no debía sobrevivir.

Las dos esferas comenzaron a brillar intensamente mientras giraban cada vez más rápido. El aire de la habitación parecía vibrar y la luz azul empezó a llenar todo el espacio. retrocedió asustada mientras las dos inteligencias se enfrentaban frente a ella.

Antes de que todo desapareciera, escuchó una última frase proveniente de la esfera azul:

“Tú eres la variable ”.

Al día siguiente, los vecinos encontraron el departamento 401 completamente vacío. No había esferas, no había máquinas ni señales extrañas. Solo la computadora portátil de Valeria en el suelo.

En la pantalla había un archivo nuevo llamado *“IA_Origen_V1 ”.*

Debajo del archivo aparecía una frase escrita:

“Si estás leyendo esto, el futuro depende de lo que hagas ahora ”.

SUEÑOS MENTALES
POR FERNANDA LLANOS

Eran las 12 en punto, lo recuerdo bien. Estaba sentada desayunando, viendo las noticias, cuando de pronto pasaron la imagen de un tipo que llamó mi atención. Subí el volumen y presté atención.

"El convicto 10006 se acaba de escapar de la prisión estatal. Si lo ve, favor de llamar a las autoridades lo antes posible. Se le ha calificado como altamente peligroso. Se le acreditan 16 cargos de homicidio en primer grado. Recientemente estuvo en Oregon State Hospital".

Seguían diciendo los cargos y sus especificaciones cuando vi la hora. Iba más de diez minutos tarde. Tomé mi celular y mi abrigo, rápidamente salí a la calle para tomar un taxi y, para mi suerte, iba pasando uno. Se paró enfrente de mí y subí a él. El conductor, un hombre de cabello castaño, unos 42 años, ojos cubiertos por lentes de sol, tez clara, se veía algo intimidante, pero como cualquiera cuando se pone serio.

—*A la calle Broadway, por favor.*

—*Claro.*

Encendió su taxímetro y puso el auto en marcha. No sé cómo no pude darme cuenta de que no estábamos yendo a la calle Broadway o cómo no me di cuenta de que tomó esa vuelta equivocada. Supuse que era otra ruta.

—*¿Disculpe?*

Cuando miró el espejo retrovisor pude ver sus ojos. Me estaba dando una mirada matadora. Tragué saliva y continué diciendo:

—Creo que se equivocó de ruta.

—No, yo creo que no.

De repente empecé a sentir ese calor en el pecho que te avisa del peligro. Traté de quitarme el cinturón lo más silenciosamente posible, pero eso solo hizo que le pusiera seguro a las puertas y aumentara la velocidad, lo que solo logró ponerme más nerviosa. Estaba a punto de tomar mi celular para llamar a la policía cuando el auto frenó. Frenó tan fuerte que mi cabeza se golpeó contra el asiento de enfrente. Él se volteó y, con un arma en la mano, me dijo que le diera el celular, a lo que cedí y se lo entregué, aunque mi mano no paraba de temblar. Lo tomó y lo arrojó por la ventana, y volvió a poner el auto en marcha. Pude sentir cómo aplastamos mi celular con el auto. Sentí un sabor amargo en la boca, me toqué con la mano y vi sangre: me había golpeado tan fuerte que me abrí el labio. Siguió conduciendo como

por dos horas más y llegamos a una granja. Mientras nos acercábamos a un pequeño granero, yo estaba planeando cómo huir en el momento que abriera la puerta. Tal vez podía golpearlo en la cara y salir corriendo como loca, o golpearlo y pasar al asiento del piloto y conducir de regreso. Creo que era la mejor idea. Sí, eso iba a hacer. Tendría que reunir todo mi valor para hacerlo, pero no importaba. Estacionó el auto enfrente del granero, se bajó y abrió mi puerta, pero justo cuando decidí que lo golpearía, puso el arma en mi cabeza y me indicó que caminara hacia la puerta del granero. Podía sentir cómo el sudor bajaba por mi frente y la boquilla del arma en mi nuca. Al estar enfrente de la puerta, la abrió y me indicó con la mano que entrara. Al entrar, vi que era un granero común y corriente, excepto por una puerta de hierro que estaba en una esquina. Me hizo caminar hacia ella, la abrió. Daba a unas escaleras de metal en forma de espiral. Me hundió más la boquilla del arma en mi nuca en señal de que bajara por ellas. Al ir bajando, entramos a un cuarto blanco que tenía diferentes puertas y una silla en medio del cuarto. Hizo que me sentara en ella y me ató brazos y piernas con una cuerda, y después me vendó los ojos y me amordazó. A este punto yo ya estaba llorando del miedo. Tenía la cara empapada de lágrimas de desesperación, miedo y nervios. Después de amordazarme, escuché cómo sus pasos se alejaban y subían las escaleras. Después escuché el azotón de la puerta e inmediatamente intenté zafar del amarre. Traté de gritar, pero todo fue en vano porque parecía que el cuarto absorbía mi voz. Moví la silla lo más que pude, pero las sogas estaban muy apretadas y cortaban mis muñecas. Gritaba del dolor. Un líquido empezó a salir del trapo con el que me había amordazado. Se estaba colando por mi garganta y la quemaba. Quería gritar, pero eso solo hacía que doliera más. Traté de hacer el mayor ruido posible moviendo la silla, pero era inútil, porque el cuarto absorbía cualquier ruido que se produjera. Escuché cómo la puerta se volvía a abrir, así que me quedé quieta y escuché los pasos acercándose hacia mí. Me quitó la venda de los ojos, acercó una silla y se sentó enfrente de mí. Se quitó los lentes de sol, observó mi rostro por unos minutos y yo hice lo mismo. No tardé más de dos minutos en darme cuenta de que era él, era el tipo que pasaron en las noticias. Eso solo hizo que mi miedo creciera. Él se dio cuenta de esto y lo único que hizo fue sonreír diabólicamente. Se paró y se dirigió

a una de las puertas que había, y sacó una camilla. La puso en medio del cuarto y después se acercó a mí y volvió a vendarme los ojos. Cuando sentí que me estaba aflojando las sogas de los brazos, empecé a forcejear. Cuando pude liberarme una mano, lo empujé y me quité la venda de los ojos. Traté de quitarme las demás sogas, pero no fui lo bastante rápida. Alcé la vista y él estaba enfrente de mí. Me soltó un puñetazo en la cara, el cual me noqueó.
Cuando desperté, estaba sobre la camilla y tenía sangre seca en mi nariz. Él ya no estaba, pero tenía un dolor en todo el cuerpo, especialmente en el abdomen. Alcé un poco la cabeza y pude ver que lo tenía vendado y que tenía una pequeña mancha de sangre. Seguía amordazada, pero esta vez el trapo estaba seco. Traté de levantarme, pero estaba atada a la camilla. Empecé a forcejear con las ataduras, pero era inútil. Las lágrimas volvieron a empezar a caer de mis ojos. No se detuvieron cuando escuché que él se acercaba. Se puso a lado de mí y puso una mano en mi mejilla. Traté de mover la mano, pero me sujetó la cara con ambas manos.
—Shhhhh, estás haciendo que esto se vuelva muy difícil, así que deja de hacer tanto maldito ruido o tendré que hacer algo que realmente no te gustará, ¿ENTENDISTE?
Solo asentí con la cabeza, pero no dejé de llorar. De repente, pegó un puñetazo en la camilla.
—¡POR AMOR DE DIOS, DEJA DE LLORAR!
Traté de calmar mi llanto y normalizar mi respiración. Me quitó el trapo de la boca y pude respirar profundamente para calmar mi agitada respiración. Me acercó una mascarilla a mi cara.
—Ahora respira profundo.
Lo hice pensando que eso me ayudaría a respirar mejor, pero en cambio me dio sueño. Luché por no dormirme, pero fue en vano. Al cabo de unos segundos, me quedé profundamente dormida. Empecé a soñar. Soñé que estaba en un hospital y una enfermera entraba a mi cuarto y me hacía tomar unas píldoras. La tomé del brazo y traté de hablar, pero las palabras no salían de mi boca. Ella, con su otra mano, se soltó del agarre. Cuando su mano tocó mi brazo, se sintió tan real, como si de verdad estuviera pasando. Cuando ella se fue, saqué las píldoras de mi boca y las escondí en un cajón. Al cabo de los minutos, desperté en el suelo. Estaba amordazada,

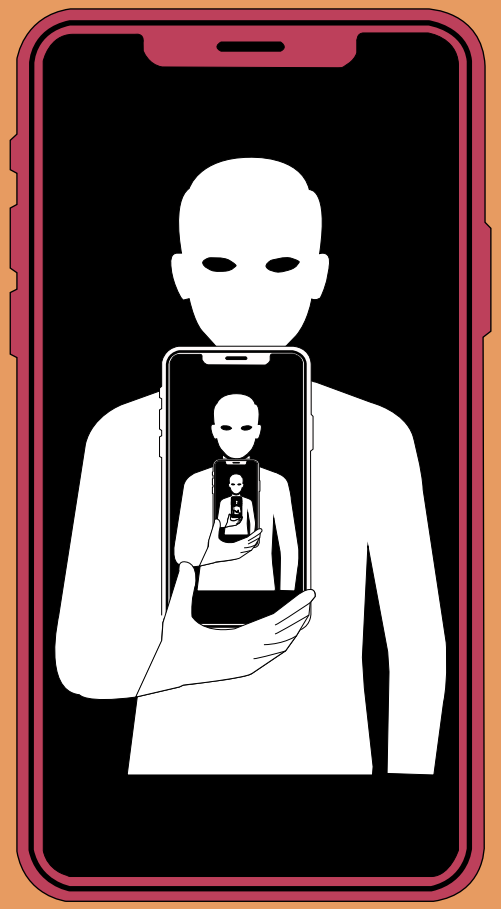
tenía las manos esposadas a un tubo de PVC y tenía los pies atados. Traté de enderezarme, pero el dolor no me dejaba ni moverme. Me sentía tan cansada y desorientada que, aunque quiera acordarme de cómo llegué a aquella granja, no puedo. Ni siquiera sé qué hora es. No hay ventanas, pero supongo que hay un aire acondicionado porque la habitación siempre se mantiene fría. Del dolor quedé totalmente dormida.
Me despertó el sonido de algo golpeando contra el metal. Abrí los ojos y pude ver que estaba de nuevo en la camilla y una de las puertas estaba abierta, y él salió con un carrito como de hospital con varias cosas en él. No sabía cómo se llamaban, pero claramente eran quirúrgicas. Se acercó a mí.
—Veo que ya despertaste, me alegra que hayas podido dormir.
No hice ningún movimiento. Quería que creyera que no iba a hacer nada para que, cuando menos lo esperara, me pudiera escapar. Quitó el vendaje de mi abdomen y pude ver una herida. Se veía un poco mal. Él sacó una jeringa y un frasco, llenó a la mitad la jeringa y después tomó mi brazo. Hizo una expresión de sorpresa al ver que no me resistía. Me inyectó el líquido y me quedé dormida como por arte de magia.
Volví a soñar con el hospital. Esta vez la enfermera también me dio unas píldoras; esta vez eran cinco, unas que otras blancas y una de color naranja con blanco. Hice lo mismo con cada una: fingí que me las tomaba y cuando ella se iba las escondía debajo de la almohada.
Volví a despertar, pero esta vez por el agua que aventó sobre mi cara. Estaba helada. Solté un grito al sentirla.
—Tardaste mucho en despertar y me desesperé. Hoy estoy de buen humor, así que te dejaré comer.
Me soltó las ataduras de la camilla e hizo que me parara. Me esposó las manos por la espalda y me hizo subir las escaleras, para después hacerme caminar hacia una pequeña casa que había cerca. Entramos y no había muchos muebles. Llegamos al comedor e hizo que me sentara en una silla enfrente de una mesa redonda. Me soltó las manos y enfrente de mí puso un plato con sopa, una cuchara de plástico y un vaso con agua. Me hizo una seña con el arma de que empezara a comer y así lo hice.
Comí como si nunca en mi vida fuera a volver a hacerlo.
Pude ver que había un pequeño calendario: habían pasado tres días desde que llegamos. No podía creerlo.

Luego de unos minutos, alguien tocó la puerta. Él se acercó a mí y me dijo casi susurrando:
—No hables ni te muevas si no quieres que esto termine mal.
Salió del comedor y escuché cómo abría la puerta. No lo pensé dos veces y me levanté silenciosamente. Busqué por dónde salir y me di cuenta de que había una puerta trasera, así que salí por ahí. Empecé a correr como nunca en mi vida. Corrí y corrí. Llegué a otra pequeña casa y toqué como loca la puerta.
—¿¡HOLA!? ¿¡HAY ALGUIEN!? ¡POR FAVOR ÁBRANME, NECESITO AYUDA, ME SECUESTRARON!
Oí que se abría la puerta, así que una pequeña sonrisa se dibujó en mi cara, pero rápidamente se borró cuando vi que era él.
No debiste haber escapado.
—¡Lo siento mucho! ¡Por favor no me haga nada! ¡Lo lamento!
—¡Cállate!
Me dio una bofetada que solo hizo que rompiera en llanto. Me llevó al sótano de la casa, que era casi igual a la habitación del granero. Yo seguía diciendo que lo sentía y llorando. Al llegar a un rincón de la habitación volvió a abofetearme, y yo me callé.
—De verdad hiciste difíciles las cosas, no queda más remedio que terminar todo esto.
—¡NO! ¡POR FAVOR! ¡YA NO HARÉ NADA! ¡LO PROMETO!
—Quisiera creerte, pero no puedo.
Sacó un arma de un cajón y yo no pude parar de llorar. Cada vez salían más lágrimas de mis ojos. Traté de pararme, pero él ya me estaba apuntando con el arma.
—Creí que esto duraría más, pero me decepcionaste.
Y finalmente disparó. Pude sentir cómo la bala atravesaba mi cabeza y mi cuerpo caía sobre el suelo.
Desperté en el hospital con el que había soñado, el hospital psiquiátrico "Oregon State Hospital".

—¿Esas son las notas que se tienen de la paciente?
—Sí, doctor, se le ha diagnosticado con síndrome de Cotard, trastorno de identidad disociativo y esquizofrenia paranoide.
—¡Wow!
—Sí, es un caso realmente difícil.
—Okay, vayamos a verla.
—¡TIENEN QUE ENCONTRARLO! ¡ÉL LA MATÓ!
—Buenos días, señorita Bell.
—¡ESCÚCHEME! ¡TIENE QUE ENCONTRAR A ESE SUJETO! ¡ÉL LA SECUESTRÓ Y LA MATÓ!
—¿A quién?
—¡A LA POBRE DE SARA!
—Pero si usted es Sara, usted es la señorita Sara Bell.
—¡NO SOY SARA! ¡SE LOS HE TRATADO DE EXPLICAR A TODOS! ¡SOY PATRICIA, ÉL MATÓ A SARA!
—Enfermera, inyéctele 10 miligramos de eszopiclona a la señorita Bell, por favor.
—¡NOOO! ¡TIENE QUE CREERME! ¡TIENE QUE CREERME, POR FAVOR!
...
"El día de hoy, a las 2 p. m., una paciente del Oregon State Hospital se ha escapado. No se le clasifica como peligrosa, pero tiene serios trastornos mentales. Si se le ve, favor de llamar a las autoridades. Lo único que se sabe de ella es que fue vista tomando un taxi. Favor de mantenerse alerta".
Fin??

EL MENSAJE DE MAÑANA

POR BRAULIO LECHUGA



Daniel se despertó con la sensación de que algo no estaba bien. No fue un ruido ni un movimiento, sino una incomodidad difícil de explicar, como si su cuerpo hubiera reaccionado antes que su mente. Abrió los ojos lentamente y se quedó mirando el techo, tratando de ignorarlo y volver a dormirse, pero no pudo. El silencio de la madrugada era demasiado profundo, casi incómodo, como si el tiempo se hubiera detenido. Entonces su celular vibró. El sonido fue breve, pero suficiente para romper ese silencio denso. Daniel giró la cabeza hacia el buró y tomó el teléfono con torpeza. La luz de la pantalla le iluminó el rostro. Tenía un mensaje. Al principio no le dio importancia, hasta que notó el remitente.

¡Era su propio número!

Frunció el ceño, confundido. Pensó en un error, en algún fallo extraño, pero al abrir el mensaje sintió cómo el sueño desaparecía por completo.

-"No salgas mañana".-

Se incorporó de inmediato. Miró el número otra vez con más atención. No había duda, era exactamente el suyo. Revisó la hora del mensaje: 3:16 a.m. Luego miró la hora actual. Coincidía perfectamente.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Observó su cuarto por instinto, como esperando encontrar a alguien escondido o alguna señal de que todo era una broma. Pero todo estaba igual: la silla con ropa, el escritorio desordenado, la puerta cerrada. Nada fuera de lugar.

Volvió a la pantalla. El mensaje seguía ahí.

Dudó unos segundos antes de responder, pero la necesidad de entender fue más fuerte.

-"¿Quién eres?"-

El mensaje se envió. Pasaron unos segundos en silencio, hasta que llegó la respuesta.

-"Eres tú. No pierdas el tiempo."-

Daniel apretó el teléfono con más fuerza. La respuesta no tenía sentido, pero tampoco parecía una broma. Decidió presionar más.

-"Demuéstralo."-

La contestación fue inmediata.

-"No hay tiempo".-

Daniel respiró hondo, intentando mantener la calma.

-"Entonces dime algo que solo yo sepa."-

Hubo una breve pausa. Luego, el celular vibró.

-"Sigues pensando en lo del 14 de noviembre."-

El aire se le atoró en el pecho. Nadie sabía eso. Nadie.

En ese momento, el miedo dejó de ser una sospecha y se volvió real.

-"¿Qué va a pasar mañana?"-

Escribió con rapidez.

La respuesta llegó casi al instante.

-"Vas a salir de tu casa a las 8:40."-

Era cierto. Siempre salía a esa hora.

Un segundo mensaje apareció.

-"Vas a ver a alguien en la esquina."-

Y luego otro.

-"Ahí empieza todo."-

Daniel dejó el celular sobre la cama. Se llevó una mano al rostro, intentando ordenar sus pensamientos. Quería convencerse de que todo tenía una explicación lógica, pero no encontraba ninguna.

El celular vibró una vez más.

-"Todavía estás a tiempo de cambiarlo."-

Esa frase fue la que más le afectó.

No era solo información.

Era una advertencia.

Esa noche no volvió a dormir.

Se quedó despierto, mirando el celular por momentos, caminando por su cuarto en otros, intentando decidir qué hacer. A medida que avanzaban las horas, la duda crecía: ignorar el mensaje sonaba lógico, pero también sentía que hacerlo podía ser un error.

Cuando amaneció, la sensación de inquietud seguía ahí.

A las 8:30 ya estaba listo. Se quedó de pie frente a la puerta, con la mano en la perilla. Su mente iba de un lado a otro. En ese momento, el celular vibró.

"No lo hagas".

Daniel cerró los ojos un segundo.

Sabía que debía quedarse.

Pero no lo hizo.

Salió.

El aire de la mañana se sintió más frío de lo normal. Caminó con más atención de la que solía tener, observando todo a su alrededor. Cada paso parecía más pesado.

Miró la hora.

8:39.

La esquina estaba a unos metros.

Su corazón empezó a latir más fuerte.

8:40.

Llegó y lo vio.

Un hombre estaba de pie, inmóvil, como si lo estuviera esperando. Había algo extraño en la forma en que se mantenía quieto, como si supiera exactamente cuándo Daniel iba a llegar.

Daniel sintió un impulso de detenerse, pero no lo hizo.

El hombre giró lentamente.

Y Daniel sintió cómo el mundo se le venía encima.

¡Era él!

No había duda. Era su mismo rostro, su mismo cuerpo, pero con una expresión distinta: más cansada, más dura, como si ya hubiera pasado por algo que él apenas estaba empezando a entender.

El silencio entre los dos fue pesado.

Finalmente, el otro habló:

Dijo que ya había pasado por eso. Que ese momento no era nuevo. Que todo formaba parte de un ciclo que se repetía una y otra vez.

Daniel intentó entender, pero no podía.

En ese momento, su celular vibró.

Lo sacó casi por reflejo.

Nuevo mensaje.

-"No confíes en él."-

Levantó la mirada. El otro Daniel lo observaba fijamente.

Como si supiera.

El celular vibró otra vez.

-"Si le crees, todo se repite."-

Daniel sintió que la presión aumentaba. No sabía qué era peor: creerle al que tenía enfrente o al mensaje que venía de su propio número.

El otro Daniel insistió. Dijo que el verdadero error era hacer caso a esos mensajes, que eso era lo que mantenía el ciclo.
Daniel sintió cómo todo dentro de él se tensaba.
No había una respuesta clara.
Solo una decisión.
El celular vibró de nuevo.

-"Aléjate de él."-

Daniel apretó el teléfono con fuerza.
Miró al otro.
Y decidió.
Dio un paso atrás.
Luego otro.
El otro Daniel cerró los ojos, como si ya supiera lo que iba a pasar.
Un segundo después, un frenazo rompió el aire.
El impacto fue inmediato.
Todo se volvió confuso.
Y luego, nada.
Daniel abrió los ojos de golpe.
Estaba en su cama.
Oscuro.
Silencio.
Buscó su celular.

3:16 a.m.

Vibró.
Lo tomó lentamente.
Ya sabía lo que iba a ver.

-"No salgas mañana."-

Esta vez no se sorprendió. Se quedó mirando la pantalla, sintiendo cómo una idea empezaba a tomar forma en su mente.
Algo no encajaba.
No era solo el mensaje.
Era la forma en que todo se repetía.
Como si alguien necesitara que él tomara esa decisión.
Sus dedos se movieron lentamente.
Por primera vez, no reaccionó con miedo.

Respondió.
"¿Cuántas veces ha pasado esto?"
La respuesta llegó de inmediato.
"Las suficientes."
Daniel sintió un escalofrío.
Levantó la mirada hacia la puerta de su cuarto.
Todo estaba en silencio.
Pero ahora ya no confiaba en eso.
Volvió a bajar la v+ista al celular.
Otro mensaje apareció.
"No intentes cambiarlo."
Daniel apretó la mandíbula.
Por primera vez, algo dentro de él dejó de sentir miedo.
Y empezó a sentirse… molesto.
Si todo se repetía, entonces había reglas.
Y si había reglas, podían romperse.
Respiró hondo.
Miró la pantalla… y escribió:

-"Entonces esta vez no voy a llegar a la esquina."-

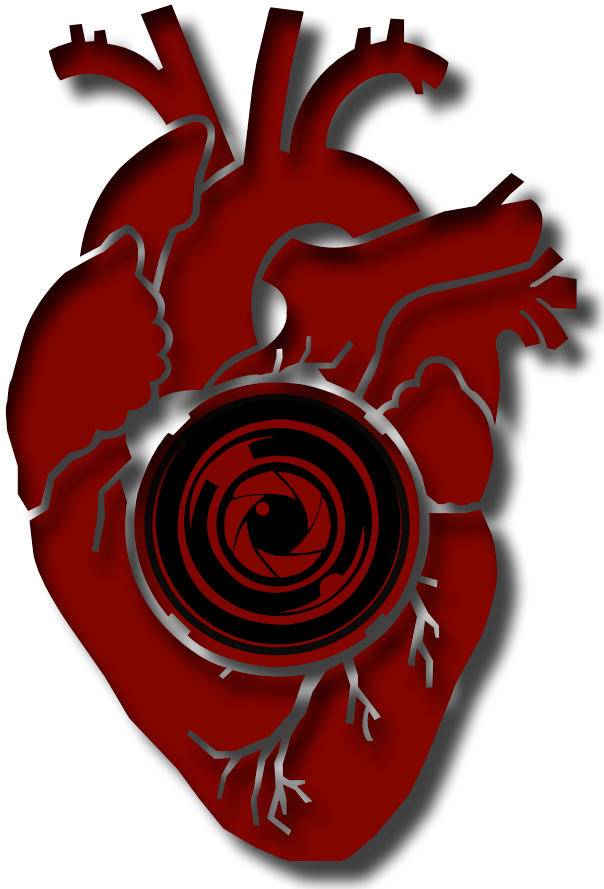
Pasaron unos segundos.
No hubo respuesta.
El silencio se sintió distinto.
Más tenso.
Más… incómodo.
Y entonces el celular vibró una última vez.
La respuesta fue corta.
Diferente.

-"Entonces iremos por ti."-

Daniel se quedó completamente inmóvil.
El aire en su cuarto se volvió pesado otra vez.
Lentamente, levantó la mirada hacia la puerta.
Y en ese momento… alguien tocó.

EL FAN

POR ALEJANDRO GUARNEROS



¿Hasta dónde puede llegar una obsesión? Un "fan" es capaz de desvivirse por alguien. Algo tan simple para nuestros tiempos, una acción tan cotidiana como subir una story de Instagram, puede desencadenar consecuencias devastadoras y dejar una huella traumática.

Katia está en una sala de interrogatorio. La habitación es un cubo de cemento que parece alimentarse del silencio. El ambiente es asfixiante, como si el aire hubiera sido reemplazado por una estática invisible que eriza el vello de sus brazos, no por miedo, sino por la absoluta falta de escape. El frío es industrial: no llega a congelar, pero molesta en los dedos, entumece las rodillas y obliga a su cuerpo a encogerse. El metal de la mesa parece robarle el calor, transforma el lugar en un refrigerador diseñado para hacerla sentir pequeña, sola y desesperada por hablar solo con tal de salir de allí.

Ella mantiene los ojos fijos en un punto amuerto, con las pupilas dilatadas y la respiración entrecortada. Los dientes le castañean y no puede dejar de frotarse las manos contra los pantalones, intentando limpiar una mancha de sangre que ya no está ahí. Un frío seco le entumece los pies y un nudo en la garganta le impide tragar saliva.

Cada vez que el reloj de la pared marca un clic, Katia da un salto en la silla. La piel se le eriza y el estómago le da vueltas, como si fuera a vomitar en cualquier momento. No escucha lo que ocurre afuera; solo oye los latidos de su propio corazón que le retumban en sus oídos mientras mira la puerta con pánico, esperando que el maníaco que le envió aquella caja aparezca en cualquier momento.

—*Se ve realmente mal. Tengo una hija de su edad y no me gustaría que pasara por esta situación* —dijo la detective Elena Rivas— *Es solo una niña con muy mala suerte.*

—Pobre chica. Va a ser difícil, pero esto es necesario —respondió el detective Marcos Lagos— Ve y haz lo tuyo.

—*Haré lo mejor que pueda. Bien, terminemos con esto* —suspiró Elena antes de entrar a la sala.

Al abrir la puerta, Katia dio un respingo violento en la silla. El sonido del metal contra el metal y los pasos de la detective resonaron como una explosión

en sus oídos. Ni siquiera pudo levantar la mirada; se quedó clavada en sus propios zapatos y en el reflejo de la luz sobre la mesa.

—*Bien, Katia, comencemos. Mantén la calma y, por favor, descríbeme todo con detalle. Haremos pausas si es necesario* —dijo la detective con voz firme, aunque suave.

Katia intentó responder, pero al abrir la boca solo salió un aire entrecortado. Se llevó las manos a la garganta y se mordió el labio con tanta fuerza que casi se hizo daño. Empezó a negar con la cabeza, no porque mintiera, sino porque su cerebro intentaba borrar por la fuerza la imagen de la caja.

—*Haz tu mejor intento, tenemos todo el día* —insistió la detective. Por su experiencia, sabía que la chica no podría articular una oración completa en varios minutos; el shock dejaba a las víctimas en un estado de parálisis, pero no podía permitirse parar.

Tras varios minutos de espera, Katia solo acertó a decir frases fragmentadas: —Tengo frío... ¿puedo irme a casa?... Necesito agua.

La detective no se rindió; le proporcionó lo que pedía y se acercó más.

—*Katia, mírame, amor. Esto ya terminó. Estás segura ahora. Solo necesitamos que nos cuentes qué pasó, solo eso* —dijo la detective con un tono casi maternal.

—*Eh... bueno... yo no sé cómo empezar* —balbuceó Katia, sumida en su estado de disociación.

—Empieza desde donde recuerdes. Cada detalle cuenta.

Como Katia seguía sin saber qué decir, la detective cambió de estrategia y empezó a hablar de temas triviales para tranquilizarla, hasta que finalmente logró romper el hielo.

Katia pensó que lo peor había pasado y que, tal vez, soltarlo todo le haría bien. La detective había sido amable; incluso le había dado un abrazo, algo que no tenía por qué hacer. Eso ayudó a que Katia intentara concentrarse. «Al fin y al cabo, todo esto ya ocurrió», se dijo. «Soy fuerte. Soy una chingona. Ya se terminó. Solo tengo que cerrar este capítulo y podré irme a casa»

Resuelta, decidió hablar.

—*Pues... todo comenzó hace algunos meses. Estaba haciendo un stream* —Katia hizo una pausa al ver la cara de duda de la detective—. Es como una transmisión en vivo por internet, la gente me ve jugar o platicar en tiempo real. Y fue ahí cuando un tal @Ad_Gonza me mandó mil pesos. Como acostumbro a agradecer las donaciones con un baile, dije su nombre y lo anoté en el pizarrón que tengo detrás. Así que hice eso con él. A los pocos minutos de terminar la transmisión, recibí una notificación: Adrián González acababa de seguirme en Instagram.

Katia tomó aire, sintiendo el peso de sus propias palabras.

—Desde entonces, se conectaba a todos mis directos y enviaba donaciones. Yo repetía la misma rutina: bailar, anotar su nombre y agradecer. Después empezó a escribirme por Instagram y yo le respondía. En poco tiempo, se había convertido en mi seguidor número uno. Los mensajes eran cortos, normales: «*Te veré en el stream*», «Gracias por la donación», «Suerte en el examen». Hablábamos un poco de nuestras vidas, así que teníamos cierto contexto de lo que hacíamos. Jamás noté nada diferente; era como tener un amigo más. Contestaba a las historias que subía y jamás faltó a ninguno de mis directos.

—En un stream comenté que iría a comer al nuevo restaurante de una amiga, «El Palacio Rosa», que está en Polanco. Como de costumbre, mis seguidores iban para tomarse fotos conmigo y yo le hacía promoción a los lugares. Dije que la inauguración sería a las cuatro de la tarde, pero yo llegué al mediodía para ayudar.

Katia hizo una pequeña pausa, como si le doliera recordar la siguiente parte.

—Desde que llegué se me acercó un chico. Era muy atractivo: alto, con barba y se notaba que iba al gimnasio. Era encantador. Me dijo que él era Adrián González. En su perfil de Instagram no tenía fotos de él, así que no sabía cómo lucía, pero en persona... bueno, tenía una fragancia Nautica Voyage que me encanta. Yo lo saludé de inmediato con gusto; al final del día, era mi admirador más fiel. Conversamos un rato y nos tomamos una foto. Me dijo que tenía cosas que hacer y que por eso había llegado temprano, así que se despidió.

Ella bajó la mirada hacia sus manos, que volvían a temblar ligeramente.

—Para ser sincera, me gustó. Su aura, su forma de mirar... me quedé todo el día pensando en él. Claro

—añadió con una risa amarga que se cortó de golpe—, eso fue antes de saber que el tipo estaba bien pinche loco.
—*¿Él te hizo alguna invitación en ese momento?* —preguntó la detective—. *Sé que no se te hizo raro que llegara al lugar, pues estabas acostumbrada a eso, pero ¿en esa conversación no notaste nada extraño?*
—*No. Él siempre se mostró muy bueno. Jamás logré ver lo que realmente era... hasta que entró a mi casa* —respondió Katia con un hilo de voz.
—Está bien, hablaremos de eso en un momento, pero vamos en orden cronológico para que no olvides ningún detalle.
Katia asintió, frotándose las sienes.
—En fin, no recibí ningún mensaje suyo hasta que llegué a mi casa y subí las historias del restaurante con mis seguidores. Él me contestó una de las fotos preguntándome cómo me había ido. Empezamos a hablar y la plática fluyó por horas; ese día nos dieron las tres de la mañana. Yo me sentía soñada. Durante los streams lo veía ahí, en mis historias siempre estaba presente. Pasamos de ser el admirador y la chica de redes a ser... bueno, yo una enamorada y él un obsesionado.
Hizo una mueca de amargura antes de continuar.
— Mis seguidores se dieron cuenta de que le hablaba de forma más cercana y de inmediato nos shipearon; ya sabe, shipear es empezar a decir que hacíamos buena pareja.. Poco después dije en una trasmisión vivo que iría al concierto de Bruno Mars. Él me puso "GPI", es como decir que quería que lo invitara, pero como yo ya tenía mis boletos, no le dije que fuera conmigo. Aún así, él buscó boletos por su cuenta, los compró y me pidió que nos viéramos allá.
Katia cerró los ojos, recordando la música.
—Pasamos una noche mágica. Cantamos, bailamos... hasta que me besó. En ese momento yo estaba superfeliz; estaba con el hombre de mis sueños. Ahora me da asco recordar eso, sabiendo lo que me mandó en esa caja y lo fisgón que fue. Esa noche cometí uno de mis errores más grandes, si no el peor de mi vida: acepté que nos llevara a mis amigas y a mí a nuestras casas. Como yo ya les había hablado bien de él, confiaron. Sin querer, le estaba dando las herramientas para conocer cada aspecto de mi vida. De verdad, qué estúpida fui... pero una nunca se

imagina que la persona que te gusta va a resultar un loquito, ¿o sí?
Se detuvo un momento, el silencio de la sala pesaba más que antes.
—Me dejó en mi casa. Nos quedamos platicando en su auto, me besó de nuevo, nos tomamos una foto y la subí a mis redes.
—Jamás imaginé que hubieran tenido una relación —intervino la detective, sorprendida—. Pensé que solo era un fan.
—Es que nunca tuvimos una relación —sentenció Katia con firmeza—. Solo nos besamos un par de veces.
El detective Marcos escuchaba todo desde el otro lado del cristal mientras bebía un café que ya se había enfriado. El lugar se seguía sintiendo gélido. Por un instante, Marcos sintió una punzada de lástima por Katia; era evidente que ella realmente se había enamorado de ese tipo.
Dentro de la sala, Katia se quedó en silencio. Suspiró profundamente y susurró para sí misma: —Qué hijo de la chingada fue este cabrón...
La detective Elena Rivas no dijo nada, pero pensaba lo mismo. Estiró el cuello para liberar la tensión de los hombros y, tras beber un poco de agua, volvió a fijar su mirada en la chica. Katia se removió en su asiento, incómoda.
—¿Me puedo estirar un poco? —preguntó Katia—. Es abrumador estar aquí sentada, necesito moverme.
—*Está bien* —respondió Elena con suavidad—. Puedes levantarte un momento y tomar algo de agua.
Katia se puso de pie, sintiendo la rigidez de sus rodillas. Miró las paredes desnudas con desconfianza. —¿Por qué estoy en esta habitación? ¿Qué no es para criminales?
—*Así es, pero ahora mismo es el único lugar donde podemos hablar. La ciudad está vuelta loca y la jefatura está llena* —explicó la detective con ese tono maternal que lograba desarmarla—. Además, creí que si estábamos solas te sentirías más cómoda para contar esto.
—*Eso sí. Estar con usted me tranquiliza* —admitió Katia.
No tenía idea de que el detective Marcos la observaba a través del enorme vidrio que ocupaba una de las paredes. Katia terminó de estirarse, dio un trago largo de agua y volvió a sentarse, apretando los puños.

—*Bien, terminemos con esto.*
—¿En qué estaba? Ah, sí... el concierto de Bruno Mars. Me dejó en mi casa y ya. El muy cabrón me siguió escribiendo; me decía cosas, me hacía promesas y lograba que lo deseara con locura. Y yo, toda pendeja, caía. Salimos un par de veces más y todo fue maravilloso. De verdad, es casi imposible creer que ese Adrián solo actuaba; todo se sentía tan real —suspiró, perdiendo la vista en el vacío.
—*Tómate tu tiempo, Katia* —murmuró la detective.
—Llegaron las vacaciones. Mi familia organizó un viaje de fin de semana a Cuernavaca, así que le dije que estaría fuera y también avisé a mis seguidores que solo haría un stream esos días. Él me dijo que estaba bien, pero me pidió que nos viéramos un día antes de irme. Así lo hicimos. Fuimos al cine; se supone que veríamos Emilia Pérez, pero ¿quién en su sano juicio vería eso? Terminamos viendo Sonic 3. Solo queríamos pasar el rato juntos.
Katia se detuvo. Sus manos, que antes se frotaban contra sus pantalones, ahora se cerraron en puños tan apretados que sus nudillos se pusieron blancos.
—*Llegó el viernes y me fui* —continuó. Su voz empezó a quebrarse, cargada de una rabia líquida que terminó por desbordarse en lágrimas—El muy hijo de la chingada... aprovechó que no estaba para entrar en mi casa. La llenó de docenas de minicámaras y micrófonos por todos lados. Hackeó mi computadora y hasta se puso a revisar mi álbum de fotos familiar.
Se tapó la cara con las manos, pero el llanto no detuvo sus palabras.
—Hijo de su puta madre... violó mi intimidad. Me arruinó la vida.
Katia se quedó callada, con los hombros sacudidos por el llanto. El silencio en la sala de cemento se volvió tan pesado que hasta el sonido de su respiración entrecortada parecía molesto. La detective Elena no la presionó; simplemente le acercó un pañuelo y esperó. Sabía que, si la forzaba ahora, Katia se cerraría por completo.
Después de unos minutos, Katia se limpió la cara con furia, como si quisiera arrancarse el rastro de las lágrimas. Respiró hondo, cerró los ojos un momento y, cuando los abrió, su mirada ya no era de miedo, sino de una amargura fría.

Tras el cristal, el detective Marcos apretó la mandíbula. Había visto muchos casos, pero la vulnerabilidad de la chica le despertaba una rabia sorda que apenas podía contener. Elena, por su parte, no podía evitar mostrar gestos de solidaridad; sus ojos reflejaban el mismo dolor que los de Katia.
—*Perdó*n —susurró, con la voz todavía ronca—. Es que... todavía no puedo creer lo estúpida que fui al dejarlo entrar a mi mundo. Pero ya estoy bien. Necesito sacar esto.
Bebió el último trago de agua que quedaba en el vaso de plástico, lo aplastó un poco entre sus manos y continuó.
—Llegué el domingo por la noche. Le mandé un mensaje avisando que ya estaba en la ciudad. Me preguntó qué había hecho, cómo me había ido, me invitó a cenar, pero yo estaba agotada y le dije que mejor lo hiciéramos al día siguiente.
Katia hizo un gesto de profundo desagrado. Se quedó con la mirada perdida, los codos recargados en la silla y las manos entrelazadas frente a su rostro.
—El solo pensar que ese día me vio llegar por esas cámaras, que me vio dormir y escuchó todo lo que dije, me da asco. Pero bueno, al otro día fuimos a desayunar. Pasó por mí en su auto; era un coche lindo, con una pantalla en el tablero. Él olía a una fragancia que nunca había sentido, pero era riquísima. Vestía una playera tipo polo, pantalones de vestir y un reloj que deslumbraba. Manejaba con una sola mano, mientras yo... yo llevaba un vestido blanco con flores rojas.
Katia esbozó una sonrisa amarga, recordando el lugar.
—Llegamos al restaurante. Estaba lleno de ventanales, con jardineras en la entrada y algunas mesas afuera. Colgaba un gran candelabro y las mesas eran de madera pintada de blanco. Me cuesta admitirlo, pero fue una mañana muy linda. No paraba de reír. Santo Dios... qué ironía.
Suspiró y continuó con el relato del regreso a su rutina.
—Al volver a casa, inicié un stream. Les conté a mis seguidores que estaba conociendo a un chico maravilloso.
Todos comentaban lo enamorada que me veía.
Obviamente, Adrián estaba ahí, mirando. En mi Apple Watch veía sus mensajes diciéndome que me

estaba viendo hablar de él. Al terminar el directo, hice ejercicio, me bañé y, mientras preparaba algo de comer, llegaron unas amigas. Platicamos de todo, incluso de él. En la charla les comenté que me encantaría que un día él llegara con un ramo de rosas rojas y blancas.

Katia apretó los dientes, la rabia volvió a nublarle la vista.

—Al día siguiente, llegó con las rosas blancas y rojas. Mi reacción fue decirle: «¡Por Dios! Es como si escucharas cada palabra que digo». Y en realidad así era. Escuchaba todo. Qué rabia... fácilmente pudo haberme preguntado, pero prefirió espiarme.

—¿Pero no sospechaste de él en ese momento? ¿Qué pensaste? —preguntó la detective, inclinándose un poco hacia adelante.

—No. Creí que una de mis amigas le había dado el "pitazo". Recibí el detalle encantada. Empecé a sentir que era cada vez más atento; curiosamente, siempre le atinaba al clavo. Todo lo que yo quería, él me lo daba. Desde detalles mínimos como los buenos días, hasta aparecerse con un burrito de suadero cuando se me antojaba. Yo solo pensaba que me conocía perfectamente, ya sabe, andaba apendejada con él. Creía que era el hombre perfecto. Incluso supo dónde esconder las cámaras y los micrófonos; cuando hacía limpieza, jamás vi nada.

Tras el cristal, el detective Marcos levantó una ceja, asombrado por la logística del tipo. —Ay, hijo... eres un genio —susurró para sí mismo mientras le daba un sorbo a su café—. Lástima que lo usaste para el mal; en la policía nos hubieras servido de mucho.

Katia continuó, su voz se volvió más tensa al recordar el incidente que cambió el tono de su relación.

—Una noche, mientras hablaba con Adrián por mensaje, alguien tocó a mi puerta. Abrí y entró mi ex, Jonathan. Estaba borrachísimo; el olor a alcohol que despedía era insoportable. Le dije que no pasara, que se fuera, pero me empujó y entró tambaleándose por el pasillo hasta desplomarse en mi sillón.

Katia imitó la voz ronca de su ex con desprecio: —«Vaya, qué diferente se ve todo... Escuché que tienes novio. ¿No que lo nuestro era para siempre, eh?».

—Le pedí varias veces que se largara y me dejara en paz —continuó Katia, apretando los puños—. Incluso lo amenacé con llamar a la policía, pero no me hacía caso. Estaba perdido el güey.

—Decidí hablarle a su mejor amigo, Jesús, para que viniera por él. Me dijo que llegaría enseguida, así que mientras tanto intenté tranquilizarlo para que fuera más fácil sacarlo; hasta le di algo de comer y de beber para que se le bajara la borrachera. Entonces llegó Jesús. —Katia cambió el tono de voz, imitando la urgencia del amigo—: «Cámara, güey, vámonos ya. Deja en paz a Kati».

—Pero él seguía aferrado —continuó Katia con un suspiro—. Decía: «Nel, esta vez no se me escapa», y quién sabe cuánta cosa más. Al final, juró que solo entraría al baño y se iría. Y sí, entró, pero al salir, en un descuido, me robó un beso. Lo aventé de inmediato y le grité que me dejara en paz. Por suerte, Jesús es un hombre muy atento, sabe cómo controlarlo; lo cargó y se lo llevó.

En su departamento, rodeado por el brillo azulado de varios monitores, Adrián no se había movido. Tenía los ojos clavados en la pantalla donde se veía la sala de Katia De todo lo que había pasado, solo le importaba una cosa: ese beso

Al principio, se quedó paralizado. Una decepción gélida le recorrió el cuerpo, manteniéndolo con la mirada perdida en un punto muerto mientras procesaba la imagen de otro hombre tocando lo que él consideraba suyo. Pero el vacío no tardó en llenarse de una furia hirviente. Sus dedos se clavaron en los descansabrazos de la silla y sus pupilas se contrajeron.

—Eres solo mía —masculló Adrián, con la voz cargada de una posesividad enferma—. Quieras o no.

Al día siguiente, Adrián parecía más tranquilo, así que se comportó con su habitual "normalidad".

—Llegó como si nada —continuó Katia—. Me trajo flores, salimos a comer... Pero estuvo muy insistente con lo que yo había hecho la noche anterior. Yo le dije que solo había cenado, que vi mi serie y me dormí. En ese momento noté una molestia en su rostro, como si supiera algo. Esa cara que puso me puso muy nerviosa, así que, para suavizar las cosas, le pregunté si quería hacer algo en la noche. Me dijo que sí.

Katia suspiró y bebió un poco más de agua antes de seguir.
—Durante el día hice mi stream y él, como siempre, estuvo ahí. Llegó la noche y tocaron a mi puerta. Abrí, pero no era Adrián; era Jonathan de nuevo. Venía a pedirme disculpas por lo de la noche anterior. Le dije que no había problema, pero que no era bueno que tomara tanto porque perdía el control. Nos dimos un abrazo de despedida y, en ese preciso momento, llegó Adrián. Nos vio abrazados. Obviamente la escena parecía otra cosa... me imagino lo que pensó.
Katia bajó la mirada, reviviendo la frustración.
—Se dio la vuelta y se fue en su auto. Intenté detenerlo para explicarle, pero no pude. Le marqué al celular toda la noche, pero no me contestó.
Adrián se dejó llevar por una furia ciega mientras conducía sin rumbo. Iba maldiciendo todo a su paso, golpeando el tablero con el puño. Se detuvo en una calle solitaria; en su rostro se dibujaba una decepción deformada por el odio. Apretaba los dientes con tal fuerza que los músculos de su mandíbula se marcaban como cuerdas tensas.
Sus manos se aferraron al volante, hundiéndose en el cuero, mientras un pensamiento oscuro empezaba a tomar forma en su mente: «Ahora va la mía. Va mi venganza. Por rascarle los huevos al toro, se van a chingar».
Arrancó el auto con un rugido del motor. Mientras avanzaba por las calles iluminadas, la idea del secuestro se instaló en su cabeza como una obsesión absoluta. La tendría solo para él, donde nadie más pudiera tocarla, donde ese estúpido de Jonathan no existiera. En su mente, ya no era una persona; era un trofeo que debía recuperar.
—Estaba desesperada— Dijo Katia—. A la mañana siguiente llegaron mis amigas; Jasmín trajo a su perrito. Mientras charlábamos, el perro husmeaba por la casa. Cuando terminaron de platicar, Jasmín me dijo: «Oye, mi perro rompió uno de tus micrófonos». Yo pensé que hablaba de los que uso para el stream, pero cuando me lo entregó...
Katia hizo una pausa larga, mirando fijamente a la detective.
—Vi que yo jamás en mi vida había visto ese tipo de micrófono. Era diminuto, profesional. Mi cabeza empezó a dar vueltas. Estaba confundida; quise creer que el perro lo había encontrado afuera, pero esa idea... esa idea me dio vueltas todo el día en la cabeza.

—Entonces puse mi casa de cabeza buscando más. Y, en efecto, ahí estaban... en lugares que jamás me habría imaginado. Había cámaras y micrófonos debajo de los sillones, ocultos en el librero, uno escondido dentro de una lámpara y otros detrás de los cuadros.
Katia apretó los dientes; el enojo y la frustración le daban un brillo peligroso a su mirada.
—Mi casa estaba infestada. En ese momento, todas las piezas encajaron: recordé cómo Adrián parecía adivinar lo que yo hacía, lo que decía y hasta lo que pensaba. Por eso supe que había sido él. Entonces, decidí jugarle una trampa para confirmar mis sospechas.
—Vaya forma de encontrar todo, ¿no? —comentó la detective Elena, mirándola fijamente.
Tras el cristal, el detective Marcos no podía ocultar su asombro. La chica era más lista de lo que Adrián había calculado.
—Por favor, prosigue —pidió la detective. Se cruzó de piernas y se inclinó hacia adelante, apoyando la mejilla sobre su puño. El detective Marcos, tras el cristal, no parpadeaba.
—Le mandé un mensaje: «Ya vi tus cámaras, sé que fuiste tú». Quería que me lo negara, que me diera una explicación lógica. Vio el mensaje al instante. Le marqué. La primera llamada la rechazó, pero a la segunda, contestó.
—«Ya vi tus cámaras», le dije, tratando de que mi voz no temblara.
—«No sé de qué hablas, no sé de qué cámaras me dices», respondió él, pero lo escuché nervioso.
—«Las que dejaste en mi casa», insistí.
—«Ya deja de jugar, por favor», me dijo molesto.
Katia hizo una pausa, apretando los puños sobre la mesa de metal.
—En ese momento dudé. ¿Y si de verdad no era él? Así que solté el anzuelo: «No estoy jugando, Adrián. Una de las cámaras tenía tu logotipo». Yo ni siquiera sabía si él tenía un logotipo, fue lo primero que se me ocurrió.
—«Seguramente se cayó de mi mochila, es eso...»
—Katia imitó la voz de Adrián, que ahora sonaba cínica—. «Gracias, la había estado buscando por todos lados. Al rato paso por ella y hablamos».

Katia sintió un golpe seco dentro de su pecho. El aire se volvió pesado, transformándose en un suspiro entrecortado que se negaba a salir. Un vacío helado le recorrió el estómago; sintió frío, como si el suelo bajo sus pies hubiera desaparecido. Deseó con todas sus fuerzas que aquello no fuera real.

—«¿Kati? ¿Sigues ahí? ¿Todo bien?» —titubeaba él, ahora con un nerviosismo.

—«Sí, sigo aquí. No vengas ya nunca, por favor» —mi voz sonaba muerta, sin sentimientos.

—«¿Por qué?» —preguntó él. Pero ese «¿por qué?» yo ya lo escuchaba lejos, como si estuviera bajo el agua.

Adrián siguió insistiendo, pero yo estaba en shock. Mi teoría "loca" era verdad: el hombre del que me había enamorado era un psicópata que me estaba espiando. Sentí terror, asco e indefensión. «¿Cuándo lo hizo?», pensaba. Maldito loco... me odié por haberlo dejado entrar en mi vida.

—«¡Te estoy hablando, contéstame!» —el grito enojado de Adrián rompió mis pensamientos.

—«Por favor, ya no me vuelvas a buscar, maldito acosador de mierda. No te quiero volver a ver en mi vida, porque te voy a matar, ¿oíste? ¡Aléjate!» —estallé de rabia.

—«Tú eres mía y jamás te vas a poder librar de mí —amenazó él, con una voz que me heló la sangre—. No llames a la policía, será peor».

—«Haz lo que quieras. Chinga tu madre, pendejo».

—Y colgué —finalizó Katia, con la respiración agitada.

Dentro y fuera de la sala de interrogación se instaló una tensión inexplicable. El frío del aire era lo último que los presentes podían sentir; el ambiente estaba cargado de algo mucho más pesado. La detective Elena tuvo que estirarse, sintiendo una presión dolorosa entre los hombros, el cuello y la espalda; se pasó la mano por la nuca, tratando de liberar el nudo que se le había formado mientras escuchaba.

Katia se levantó de la silla. Sus movimientos eran mecánicos, como los de alguien que intenta despertar de una pesadilla. Tomó un poco de agua y agitó la cabeza, trató de sacudirse las voces del pasado. Tras el cristal, el detective Marcos mantenía la mirada fija, resbalaba la mano lentamente desde su nariz hasta la boca; él también sentía esa rigidez en la nuca. Los tres sabían perfectamente lo que seguía.

Todo quedó en silencio. Solo se escuchaban los suspiros entrecortados de Katia y el roce de la ropa de la detective al moverse. Finalmente, Katia se sentó y retomó el hilo de su voz, que ahora sonaba más pequeña, más frágil.

—No pude dormir esa noche —confesó—. Tuve que llamar a mis amigas; necesitaba no sentirme sola para no volverme loca. Les conté todo. Ellas, con una impotencia que les partía la voz, me rogaban que lo denunciara. Se quedaron conmigo toda la noche. Cerramos cada ventana, pusimos un sillón para bloquear la puerta principal... incluso los novios de algunas de ellas se quedaron afuera, montaron guardia en sus autos. Creí que así estaría segura.

Katia tragó saliva, y su mirada se volvió vidriosa.

—Pero a la mañana siguiente, el mundo se detuvo de nuevo. Llegó un Uber entregando un paquete.

La atmósfera en la sala de interrogatorios se volvió irrespirable. Tras el cristal, la pequeña multitud que se había formado alrededor de Marcos guardaba un silencio absoluto; nadie se atrevía siquiera a toser. La detective Elena Rivas sentía un peso de plomo en el pecho mientras veía a Katia desmoronarse.

—Le pregunté al conductor de Uber de dónde venía el paquete —continuó Katia, con la voz rota y los ojos fijos en un punto inexistente—. Me dijo que un señor mayor, con uniforme de florería, se lo había confiado. Adrián no solo había mandado un regalo; había diseñado una puesta en escena. Era una caja negra, impecable, con una corona de rosas naturales en la tapa.

Katia empezó a temblar, un sismo que nacía en sus manos y le recorría todo el cuerpo.

—Al abrirla, encontramos otra caja blanca, cubierta de una cama de pétalos rojos. Mis amigas retrocedieron. Jasmín gritaba que era una bomba, que no la tocáramos, pero Vero, con esa lógica fría que da el pánico, decía que si fuera un explosivo el repartidor ya sería cenizas. Mi mente era un caos: «Él sabe que no estoy sola. Nos está mirando ahora

mismo y se está burlando de nuestra seguridad».
Los novios de mis amigas, tratando de hacerse los valientes, aunque estaban pálidos, cargaron la caja hasta el centro de la avenida. Querían distancia. La abrieron bajo la luz cruda del sol, lejos de las paredes de la casa. Al ver que no estallaba, nos hicieron señas para acercarnos.
Caminamos hacia el centro de la calle. Moví la caja blanca, hundí mis dedos entre los pétalos fríos. En el fondo, encontré una nota doblada en papel fino. La abrí con los dedos entumecidos.
«Si no te pude tener, al menos quiero que tengas un poco de mí. Como último acto de amor, te dejo mi corazón».
Katia soltó un gemido animal, un sonido de puro dolor.
—Abrí la caja blanca. Había un bulto envuelto en papel celofán rosa y, debajo de este, otro envuelto en plástico adherente. El sonido del material crujiendo en ese silencio fue lo más horrible que he escuchado en mi vida. Al quitar la última capa de plástico... el mundo se detuvo. Mis amigas soltaron un grito que debió escucharse en toda la colonia. El novio de Vero se dobló por la mitad y vomitó violentamente sobre el pavimento.
Katia se cubrió la cara con las manos, sollozando con asco.
—Era un corazón humano, Elena. Un músculo real, todavía goteaba un líquido espeso y oscuro, emplayado con una precisión quirúrgica. Y lo peor... lo que me persigue en mis pesadillas... es que el plástico estaba tapizado de stickers de emojis de corazones sonrientes. Adrián me había enviado un pedazo de muerte decorado como si fuera un mensaje de WhatsApp.
La detective Elena mantenía los codos hundidos en la mesa. Su mano izquierda estaba apoyada firmemente en su frente, ocultando unos ojos que parpadeaban lentamente, perdidos en la reconstrucción mental de todo lo narrado. Suspiró, un sonido largo y pesado, mientras su mano se deslizaba desde su frente hasta perderse en su cabello. Miró a Katia con lentitud, echó la cabeza hacia atrás buscando aire y luego la enderezó, tratando de recuperar su cordura.

Katia no solo lloraba; vibraba con un coraje impotente. Su puño golpeaba rítmicamente su propia pierna, y sus uñas se enterraban en las palmas de sus manos hasta dejar marcas blancas.
—Ese olor... —susurró Katia—. No se va. Cada vez que cierro los ojos, el olor a hierro podrido de ese órgano vuelve a inundarme la nariz. Me revuelve el estómago, me quema por dentro. Desde ese día... desde ese día me da asco pensar en comer carne. No puedo ver nada sangrar.
Katia se abrazó a sí misma, encogida por la náusea.
Tras el cristal, la pequeña multitud estaba paralizada. Ya no eran solo oficiales hacían su trabajo; eran personas impactadas, con el rostro desencajado por el asco y el asombro. Los murmullos hablaban de la depravación de Adrián, de la locura de los emojis, de cómo un hombre podía descender a tal nivel de monstruosidad. Marcos, en el centro de todos, no apartaba la vista de la nuca de la detective.
—Después de eso llamamos a la policía —dijo Katia, limpiándose las lágrimas —. Al principio no supe qué decir, me quedé muda con el teléfono en el oído. Pero después solo pude decir: «Acaban de mandarme un órgano humano a mi casa». Llegaron muchas unidades, acordonaron todo... y es así como terminé aquí.
Katia bajó la cabeza, agotada. El aire en la sala de interrogatorios era tan denso que parecía que a todos les costaba respirar. Tras el cristal, los oficiales no se movían; estaban atrapados en la imagen del corazón en la caja.
Los detectives terminaron de tomar los datos. Las preguntas finales fueron breves, casi mecánicas: ¿sabía dónde podría estar el cuerpo? Ella negó con la cabeza. Dio la dirección de un departamento donde posiblemente vivía Adrián, ya que como tal no sabía ese tipo de detalles de él.
Interrogaron a Jasmín, a Vero y a los novios. Todas las versiones encajaban como piezas de una pesadilla perfecta. Finalmente, después de horas que parecieron años, le dijeron a Katia que podía irse. Le advirtieron que la llamarían si había avances en el caso o si necesitaban más detalles, pero para ella, esas palabras sonaban lejanas.
Katia se levantó de la silla. Sus piernas temblaban.
Caminó hacia la salida de la delegación, sintiendo las miradas de lástima de los oficiales que se apartaban a su paso.

Katia salió de la delegación y sintió que el aire nocturno, por primera vez en semanas, no le quemaba los pulmones. Su auto estaba a solo dos calles de ahí. Caminaba más tranquila, sintiendo un alivio que le recorría el cuerpo como una marea suave; su pecho estaba relajado y, aunque el cansancio era inmenso, sabía que por fin iba a poder dormir a gusto. Disfrutó cada paso de esa caminata; disfrutó el silencio y la soledad. Se sentía, al fin, libre.

Llegó a su auto y se subió, cerrando la puerta con un suspiro profundo. Lloró un poco, pero eran lágrimas de alivio. Golpeó suavemente el volante con las palmas, soltando toda la rabia acumulada, y sonrió para sí misma. En ese momento tomó una decisión: entraría a terapia, sanaría y recuperaría su vida. Puso algo de música, encendió el motor y empezó a manejar. Decidió que no iría a su departamento; manejaría directamente a casa de sus padres para contarles todo y refugiarse en ellos.

La noche estaba helada. El pavimento brillaba bajo la lluvia que no dejaba de golpear rítmicamente el techo del auto. Entonces, entró una llamada de un número desconocido. Pensó que era la detective, así que contestó.

—¿Bueno? ¿Quién habla? —preguntó Katia.

—Hola, mi amor... ¿me extrañaste?

Katia se quedó petrificada. El miedo se transformó en un frío polar que le invadió la sangre. "Es una broma", pensó, aferrándose a esa idea para no desmoronarse. Era la voz de Adrián, pero era imposible.

—¿Quién habla? Es una broma de pésimo gusto —dijo, intentando sonar enojada, aunque su voz flaqueaba.

—Oh, no, no... no es una broma. Soy yo. ¿Acaso no reconoces mi voz? ¿Acaso no te gustó mi regalo? —la voz de Adrián sonaba juguetona, seguida de una risita escalofriante.

—¡Deja de jugar! ¡Dime quién eres! No es divertido, juro que llamaré a la policía —gritó ella con coraje.

—No es buena idea llamar a la policía —Adrián soltó una carcajada que resonó en las bocinas del auto—. Es mejor que esta vez cooperes. Eres mía, Katia, y si no eres mía, no serás de nadie.

Katia estuvo a punto de colgar, pero una curiosidad morbosa y el deseo de desenmascarar al bromista la detuvieron. Repasó mentalmente voces similares, alguien que supiera lo que acababa de pasar en la delegación.

—Ya fue suficiente. Te divertiste, nos reímos, solo dime quién eres —insistió.

—«Es como si escucharas cada palabra que digo»... fue lo que dijiste una vez. Tan linda que te veías ese día, con esa sonrisa preciosa —murmuró Adrián.

En ese instante, la realidad la golpeó como un mazo. Katia orilló el auto bruscamente y se quitó el cinturón de seguridad. El terror profundo la invadió; sentía los latidos de su corazón como un tambor bajo el agua, un frío eléctrico recorriéndole desde la nuca hasta el coxis. Sus manos quedaron entumecidas, aferradas al volante, mientras una presión gigante le retorcía el estómago. El mundo exterior desapareció; ya no había lluvia, ni luces, solo la risa de Adrián y el rítmico sonido de las intermitentes: clic, clac, clic, clac que se escuchaba de fondo.

—¿Te gustó mi regalo? —continuó él, con una frialdad terrorífica—. Me lo dio Jonathan. Por Dios, qué feo corazón... sin duda uno de los órganos más horribles que he visto en mi vida.

Después de que Adrián viera a Katia abrazando a Jonathan, la furia se transformó en un plan de venganza. Siguió a Jonathan hasta un supermercado, moviéndose entre los pasillos como una sombra. Adrián compró varios cartones de cerveza y esperó el momento exacto; chocó a propósito con él, dejando que las latas rodaran por el suelo. Jonathan, se agachó de inmediato para ayudarle a recoger las cosas.

—En verdad es mucho alcohol —comentó Jonathan, mirando la cantidad de latas.

—Claro, voy a una fiesta —respondió Adrián con una sonrisa ensayada—. ¿No te gustaría ir? Van a ir unas morras de otro nivel, habrá alcohol hasta reventar y el pisto es gratis. ¿Cómo ves? ¿Te jalas?

—Suena bien... ¿Dónde es? —preguntó Jonathan.

Había una chispa de desconfianza, pero la oferta era demasiado tentadora para alguien con su historial.

—Es aquí a unas calles. Pasando el Oxxo, hacia

adentro; verás luego luego las luces y escucharás el ruido —dijo Adrián, señalando hacia una zona apartada—. Por cierto, soy Guillermo. Mucho gusto.
—Mucho gusto, Jonathan.
—Bien, Jonathan. Espero puedas ir, te vas a divertir como nunca.
Adrián lo sabía todo. Había investigado a fondo y sabía que Jonathan era alcohólico; conocía el tipo de ambiente que le gustaba. Jonathan quería cambiar, quería dejar de tomar después de lo sucedido con Katia como una forma de redimirse, pero la tentación y su adicción fueron más grandes que su voluntad. Se dirigió a la supuesta fiesta.
Cuando Jonathan llegó, el ambiente lo envolvió de inmediato. La música retumbaba en las paredes y las luces de colores cortaban la oscuridad, haciendo que el lugar fuera visible desde varias calles atrás. Al entrar, le dieron un shot de bienvenida. A lo lejos, entre la multitud, vio a "Guillermo". Adrián lo saludó con una sonrisa cómplice, le entregó una cerveza helada y le presentó a un grupo de "amigas".
La fiesta estaba en su apogeo. Era una casa grande, atestada con unas ochenta personas. El aire era pesado, una mezcla densa de humo de tabaco, alcohol y marihuana. En la penumbra, las luces azules, rojas y moradas barrían los rostros de la gente que bailaba al ritmo de un DJ. En algunas zonas, el suelo ya se sentía pegajoso bajo los zapatos. Jonathan, completamente entregado al exceso, se besaba con una chica mientras Adrián observaba. Adrián no tocaba a nadie; para él, la única mujer en el mundo era Katia, pero actuaba su papel a la perfección para ganarse la confianza de su presa.
Jonathan no paraba de beber. Entre tragos y bailes, se acercaba a "Guillermo" para decirle frases incoherentes, riendo con una gratitud. Se la estaba pasando increíble y ya sentía que aquel desconocido era su mejor amigo. Adrián esperó pacientemente a que el alcohol terminara con la conciencia de Jonathan.
—¡Eh, güey, ya vámonos! —le gritó Adrián al oído para superar el ruido—. Ándale, yo te llevo a tu chante.
—La verdad sí, ya me pegó machín... —balbuceó Jonathan, tambaleándose mientras sentía que el piso se volvía líquido bajo sus pies—. Yo bien pedo vomito,

carnal.
—¿Traes carro, Jonathan?
—Nel, vivo aquí a unas calles... —respondió, con la cabeza dándole vueltas.
—A huevo, yo sí traigo. Te llevo, sirve que nos bajamos la fiesta. Además, yo pedo manejo mejor —dijo Adrián, fingiendo una voz arrastrada y una risa ebria.
Ambos rieron. Pero detrás de la máscara, Adrián estaba sobrio. Durante toda la noche, su vaso solo había contenido agua mineral con Coca-Cola para simular cubas. Jonathan se desplomó en el asiento del copiloto y, antes de que Adrián pudiera encender el motor, ya se había quedado profundamente dormido.
Adrián puso el auto en marcha, pero no se dirigió a la casa de Jonathan. Su destino eran unos departamentos que habían quedado en ruinas y abandonados desde el terremoto del 19 de septiembre de 2017. Iba fascinado, saboreando el éxito de su plan. Sin embargo, a unos cuatro kilómetros de llegar, el silencio de la noche fue desgarrado por el aullido de una sirena policial. Detuvo el auto y se orilló con movimientos lentos, luchando por mantener el control. Aunque por fuera parecía calmado, los nervios lo traicionaban por dentro: le temblaban las manos y sentía un sudor frío y pegajoso resbalándole por la nuca y la frente.
—Buenas noches, joven —dijo el policía, apoyándose en la ventanilla con esa familiaridad intimidante.
—Buenas noches, jefe —respondió Adrián, bajando el vidrio lo suficiente para que el oficial viera su rostro, pero no tanto como para que se fijara en el estado de Jonathan.
—¿Estuvo buena la fiesta? —soltó el policía con una burla cargada de sarcasmo, echando un vistazo rápido al interior del auto.
—Pues ya ve, jefe... mi primo se puso hasta atrás y me habló para que viniera por él. Ya sabe cómo son —dijo Adrián con una naturalidad asombrosa.
—A ver, sópleme usted —ordenó el oficial.
Adrián exhaló el aire directamente hacia él. Sabía que no había rastro de alcohol.
—Hijo de su... en efecto, usted no tomó. Pero le hace

falta una menta, joven —dijo el policía mientras soltaba una carcajada.
—Chale, qué pena, poli —respondió Adrián, fingiendo timidez mientras se reía con él—. Mire, aquí tiene mis documentos: licencia y tarjeta de circulación.
Entre el plástico de la licencia y la tarjeta, sobresalía un billete de quinientos pesos. El policía lo vio de inmediato; sus dedos se movieron con una agilidad experta para hacerlo desaparecer en su bolsillo mientras hacía una seña de "amabilidad" con la cabeza.
—En efecto, joven, todo está en orden. Váyase con cuidado y que tenga linda noche —dijo el oficial, dando un par de golpes amistosos en el techo del auto.
El patrullero se alejó sin imaginar que, en ese asiento del copiloto, un hombre estaba a minutos de vivir el peor y último día de su vida. Adrián puso la velocidad, miró por el retrovisor cómo las luces de la patrulla desaparecían y soltó un suspiro cargado de adrenalina.
Llegaron al edificio. Un mausoleo de concreto que nadie se atrevía a visitar. Adrián arrastró el cuerpo de Jonathan hasta una de las recámaras, donde había montado un laboratorio quirúrgico.
El lugar era una pesadilla de polietileno: el suelo y las paredes estaban forrados de plástico transparente que brillaba bajo la luz cruda de las lámparas colgantes. En el centro, una mesa de metal fría. Junto a ella, el arsenal de Adrián reposaba ordenado en una mesa de metal: anestesia, vendas, alcohol, un martillo, su Glock 25 y ese rollo de cinta adhesiva vinílica gris industrial gruesa y siniestra como las que se ocupan en las películas para secuestrar personas, un garrafón de agua, guantes, cubrebocas, una sierra de Gigli, careta de acetatos como las que se ocupaban en la pandemia del covid-19 y un overol desechable de protección blanco como el que ocupan los forenses. En una de las esquinas había una pala, una caja de madera grande como un ataúd, más plástico y unas botas para lluvia.
Jonathan, hundido en el alcohol, el sueño y en las drogas, fue fácil hacer todo. Jonathan estaba un poco consciente, pero era más el sueño que tenía y los mareos, así que decidió seguir durmiendo. Adrián trabajó rápido: le cortó la ropa con tijeras, y lo encintó de pies a cabeza antes

de subirlo a la mesa. Ahí casi se despierta Jonathan: abrió un poco los ojos, se quejó y tosió, y Adrián tomó rápido la anestesia, pero Jonathan siguió durmiendo. Encintó el cuerpo a la mesa, ajustó la mesa para que no se moviera; todo lo hizo con guantes. Se puso el overol, se puso las botas, el cubrebocas y la careta. Tomó un poco de agua y vio que no hubiera ninguna parte sin plástico. Se asomó por las ventanas, pero todos dormían, hasta que escuchó un grito de ayuda de Jonathan. Se acercó a él y le encintó la boca.
Adrián le selló la boca con cinta de un solo golpe.
—¡Cállate, hijo de puta, cállate! —rugió Adrián, su voz distorsionada por el cubrebocas—. Ya valiste. Me presento: soy el hombre de Katia. Y tú eres un obstáculo que esta noche deja de existir. Dejare que digas unas últimas palabras, pero si gritas te martillo el pie.
Le arrancó la cinta de la boca con violencia, dejando el martillo a la vista.
—Amigo, por favor... —suplicó Jonathan, las lágrimas mezclándose con el sudor del miedo—. Yo no tengo nada que ver con ella, solo fui a pedir perdón... déjame ir, me iré para siempre, te lo juro.
—No te creo nada. La buscas porque la amas aún, pero ella es mía, no dejaré que sea de nadie más y menos de un tipo como tú —dijo Adrián, acercándose tanto que su careta se empañó con su aliento—. Sé quién eres, Jonathan, investigué todo. Sé que la golpeaste, que la hacías llorar diario y la engañabas. Lo mínimo que puedes hacer es mandarle un bello regalo; eres un pobre diablo, alcohólico y drogadicto. Hasta siento que le estoy haciendo un favor a la sociedad y a tu madre que tanto se preocupa por ti. Pobre de la señora Leonor, es tan buena y tú tan mierda.
—¡Voy a cambiar! ¡Te dejare a Katia solo para ti! —Jonathan sollozaba, sacudiéndose contra la mesa—. Haré lo que quieras, pero por favor...
—Me humillaste —interrumpió Adrián, con la voz cargada de una emoción enferma—. Fuiste a buscarla sabiendo que estaba conmigo. La abrazaste, la besaste; me faltaste al respeto. Quisiste ver si todavía tenías oportunidad. Al matarte, ella ya no buscará a su único ex. Yo seré el único hombre en su vida.
—¡Te lo suplico por lo que más ames!, No hagas esto, amigo. Te dejaré a Katia y me iré lejos, cambiaré mi vida y ya no iré a las fiestas, te lo juro, no le diré nada a

nadie de todo esto —imploraba Jonathan mientras el pánico le cerraba la garganta.
—Fue un gusto conocerte —sentenció Adrián con una risa sádica que helaba la sangre—. Seré rápido. Sentirás todo, sí, pero acabará pronto. Le mandaré una postal a tu madre diciendo que estás feliz en Acapulco... y a mi Katy le entregaré ese corazón que tanto te urgía regalarle.
—¡No! ¡Por favor, no lo hag...!
El grito quedó sepultado bajo el sonido seco y violento de la cinta adhesiva sellándole los labios por última vez. Adrián tomó el bisturí. El tiempo de las palabras se había terminado.
Adrián comenzó a cortar el pecho de Jonathan. A través de la cinta, surgió un grito ahogado y deforme mientras el cuerpo se sacudía con una desesperación inútil. Jonathan sintió el frío de la incisión y cómo el bisturí separaba lentamente su piel. Los guantes de Adrián se mancharon de inmediato, pero él siguió cortando capa por capa, jalando la carne hacia los costados, despellejando el torso para abrir camino.
Jonathan sentía cada corte y el calor de su propia sangre escurriendo por sus costados. Entonces, Adrián tomó la anestesia; decidió que Jonathan ya había sufrido lo suficiente y se la inyectó. En ese momento, el dolor y el shock hicieron que Jonathan se desmayara. Adrián no se detuvo. Tomó la sierra de Gigli y comenzó a cortar el hueso. El overol, la careta y el suelo de plástico se salpicaron de rojo. Para cuando Adrián separó las costillas, Jonathan ya había muerto.
Al abrir la cavidad, se encontró con el pericardio, esa bolsa fibrosa que envolvía el órgano. Con un movimiento preciso, reveló el músculo: brillante, liso y recorrido por delgados hilos de grasa amarilla. Los vasos sanguíneos parecían tubos y conductos biológicos entrelazados. Adrián deslizó los dedos detrás de la masa de carne roja y mojada, sintiendo el calor residual que aún emanaba de los tejidos.
Primero cortó la aorta, el conducto más grande y resistente, duro como una manguera de goma de las que se usan para regar el jardín.
Al seccionarla, un chorro de sangre espesa empapó sus guantes por completo. Luego cortó las arterias pulmonares y los ligamentos posteriores; cada incisión se sentía como cortar ramas con una navaja.

Al dar el último corte, el corazón se volvió denso y pesado en su mano. Se veía más pequeño fuera del cuerpo. Al levantarlo, el pecho de Jonathan quedó como un hueco vacío y sangriento.
Adrián lavó el órgano con el agua del garrafón hasta que el líquido rojo y espeso desapareció. Presionó las entradas de las arterias para limpiarlas por dentro hasta que el músculo adquirió un tono púrpura. Lo envolvió en plástico y lo metió en un viejo refrigerador abandonado en el departamento.
Con una eficiencia aterradora, limpió el laboratorio. Envolvió los restos de Jonathan en el plástico de la mesa y lo metió en bolsas y sellaba con cinta hasta formar un saco que ocultó en la caja de madera. Enterró el "ataúd" ahí mismo, en los cimientos del edificio en ruinas. Antes de las 6 de la mañana, ya se había deshecho de todo.
Selló el corazón en una caja blanca, quemó algunos de sus materiales, su ropa ensangrentada y se puso una muda limpia que traía en el auto. Se dirigió al estacionamiento de una plaza para descansar y beber agua. En cuanto abrió la florería, entregó la caja con instrucciones precisas de cómo debía quedar el regalo.
Finalmente, se posicionó en un edificio cerca de la casa de Katia. Observó con deleite el momento en que llegó la caja, la siguió hasta la fiscalía y se registró en un hotel desde donde podía vigilar el auto de ella. Durmió durante horas con una tranquilidad absoluta, sabiendo que todos lo daban por muerto. Cuando despertó y vio que el auto de Katia ya no estaba, supo que era el momento. Tomó el celular y marcó el número.

Katia no creía que pudiera ser posible que Adrián matara a Jonathan. Su mente se negaba a procesar que la persona con la que había compartido su vida fuera capaz de tal atrocidad.
—Ya no habrá ninguna distracción entre nosotros, mi Katy. Seremos tú y yo... es lo mínimo que podía hacer Jonathan después de lo que te hizo —dijo Adrián, su voz sonando extrañamente calmada, casi protectora, a través del auricular.
—Es mentira... ¡déjame en paz! —gritó Katia. El volante le vibraba en las manos por la fuerza con la

que lo apretaba.
—Él te lastimó, Katia. Te engañó, te golpeó... yo solo te protegí de él. Ahora él ya no puede estorbarnos. Nadie puede.
Katia, en un último arranque de voluntad, decidió ir con la detective. Quería sacarle más información a Adrián, saber dónde estaba y qué más había hecho, pero el pánico la dominaba. Encendió el auto con las manos temblorosas; el miedo y los nervios le electrizaban los músculos. Esperó a que pasaran algunos autos mientras los limpiaparabrisas no paraban de moverse, intentando despejar la vista. La voz de Adrián salía por todas las bocinas del auto, mezclándose con el sonido rítmico de las gotas golpeando el techo de metal.
De pronto, Katia sintió una descarga de adrenalina. Pensó que, si llegaba rápido a la fiscalía, todo terminaría. El motor rugió, compitiendo con el golpeteo de la lluvia. Metió velocidad y arrancó con un violento derrape, buscando desesperadamente la seguridad de la policía. Al intentar incorporarse al carril en sentido contrario para ganar tiempo, dio una vuelta brusca sin mirar el retrovisor; su mente solo tenía un objetivo: llegar.
Fue entonces cuando la luz de unos faros gigantescos deslumbró el interior del carro, cegando los ojos dilatados de miedo de Katia. Un camión de carga venía a toda velocidad por la avenida y, debido a la maniobra repentina de ella y a que la lluvia no dejaba ver con claridad, el impacto fue inevitable.
El golpe fue seco. Un estruendo de metal crujiendo y vidrios reventándose. El impacto lateral izquierdo fue tan violento que el auto, con Katia atrapada en el caos de hierro, dio tres vueltas completas resbalando sobre el pavimento mojado. Como no tenía el cinturón puesto, la fuerza la proyectó hacia afuera; salió volando, rozando contra el asfalto mojado y golpeándose mortalmente.
La lluvia seguía cayendo, limpiando la sangre de Katia mientras mojaba su cuerpo. Ya no sentía miedo, ni asco, ni enojo, ni el peso de la muerte de Jonathan. Sus ojos quedaron abiertos, fijos en la nada, bajo el cielo oscuro de la ciudad.
El chofer del transporte, al darse cuenta de la magnitud de la tragedia, aceleró a fondo, escapando rápidamente del lugar.
Cerca de los restos del auto, dentro de un charco de agua, el celular seguía encendido con la llamada en curso. Desde la bocina rota, se escuchó la voz de un Adrián extrañamente tranquilo, procesando y entendiendo lo que acababa de suceder con una calma aterradora:
—Te dije que seríamos tú y yo para siempre, Katy... Si no eres mía, no serás de nadie.

Hoy no puedo quedarme
por Jacqueline Alonso

La casa empezó a llenarse antes de que ella terminara de encender las luces. Emilia sostenía una guirnalda a medio colgar mientras alguien empujaba la puerta con el hombro, riendo demasiado fuerte para la hora que era.

El aire ya traía ese olor espeso a fiestas: perfume dulce, cerveza abierta, cuerpos que aún no sudaban pero ya se prometían calor.

—*¿Ya empezó o llegué muy temprano?* —dijo Mateo desde la entrada, levantando una botella como si fuera la credencial de acceso.

Emilia soltó la guirnalda. Haciendo que cayera ladeada, como si tampoco estuviera segura de como caer.

—*Solo en estos casos llegas temprano* —respondió, sonriendo—. Pasa.

Mateo dejó la botella sobre la mesa, junto a otras que ya formaban una fila desordenada, como si alguien hubiera intentado poner orden y se hubiera rendido a la mitad.

—*Oye* —añadió él, acercándose un poco más—, ¿cómo vas con lo de… tu proyecto?

La pregunta quedó flotando entre los dos, ligera, pero incómoda.

Emilia desvió la mirada hacia la ventana. Afuera, el cielo todavía era de un azul indeciso, como si no supiera si convertirse en noche o quedarse suspendido en ese momento.

—*¿Cuál proyecto?* —respondió, casi en broma, mientras prendía un cigarrillo y el humo se dispersaba por la habitación.

Mateo soltó una risa corta.

—El de la uni, ¿no? Dijiste que ibas a retomar este semestre.

Ella negó con la cabeza, despacio mientras pensaba en que respuesta seria la correcta.

—No volví.

No hubo drama en su voz, tampoco alivio, sólo se escuchó neutra y sin sentimientos, como una habitación sin muebles.

—*Ah* —dijo Mateo, rascándose la nuca—. Bueno… ¿y ahora qué?

Emilia encogió los hombros.

—*Pero sigo pintando* — dijo Emilia.

—*Está chido. Suena… libre* —Respondió Mateo.

“Libre”, la palabra se le quedó pegada a Emilia en la garganta. Después agarró un encendedor y prendió unas velas, guardó el encendedor en su bolsa y salió

a recibir a más gente. Empezaron a entrar, se escuchaban risas, pasos y el golpe seco de otra botella sobre la mesa, tambien la música llenó el espacio, y las luces comenzaron a cambiar de color: Rojo, azul, verde y morado. La casa dejó de ser una casa y se volvió un cuerpo, la música empezó a latir dentro de él.
Emilia se movía entre las personas sin tocarlas del todo, por un momento, pensó que tal vez esto era lo correcto.
Alguien le pasó un vaso y bebió sin preguntar qué era. El líquido le quemó la lengua, sintió como su lengua sangraba, un calor intenso e inexplicable.
—*¡Emm!* —gritó una voz.
Giró. Sin saber hacia dónde.
El ruido se volvió denso, por un segundo, todo pareció detenerse.
Emilia sintió un escalofrío aunque todo estaba normal, las personas seguían bailando pero ella sentía que algo estaba mal, como gestos que se repetían, una risa que volvía a empezar o un brazo que subía… y volvía a subir.
—*¿Lo ves?* — gritó de nuevo una voz desconocida.
La voz llegó muy cerca de su oído y Emilia se giró.
No había nadie, pero estaba segura que no estaba sola. necesitaba un poco de silencio, pero la música seguía sonando…aunque lejos. Como si viniera desde otra casa o otro mundo.
Emilia se frotó los ojos, algo no estaba bien. Las luces seguían parpadeando, pero ahora dejaban estelas, cada color se quedó flotando un segundo más de lo debido. Las personas ya no parecían personas, eran repeticiones, fragmentos o movimientos que no terminaban de completarse nunca.
—*No* —murmuró Emilia—. No, no, no…
Cerró los ojos y los apretó con fuerza como si quisiera reiniciar algo desde adentro. Cuando los abrió, la fiesta seguía ahí pero más lejana, como si la estuviera viendo a través del agua.
Y entonces lo sintió: Emilia empezó a caminar, no sabía hacia dónde, pero sus pies sí. Atravesó cuerpos que no reaccionaron a su paso, rozó hombros que no se movieron, nadie la detuvo y nadie la miró. Llegó a un pasillo que no recordaba haber visto antes, era oscuro y demasiado

estrecho, la música había quedado atrás.
Al final había una puerta. No era impresionante, no hacía nada especial pero Emilia supo con una certeza que le heló el estómago que no debía abrirla.
La puerta era pequeña, aunque no tanto como para que un adulto no pudiera pasar, pero lo suficiente como para que Emilia dudara un segundo antes de tocarla. Era de un amarillo suave, desgastado en las orillas, como si muchas manos pequeñas la hubieran abierto antes.
Cuando apoyó los dedos sobre la superficie, sintió algo extraño: Calor.
Ella sabía que todo esto estaba hecho para ella, así que con la mano temblando, tocó la manija y abrió la puerta.
—*¿Hola?* — Su voz no hizo eco.
—*Esto no es real* —susurró—. Estoy soñando.
Nadie respondió.
La luz que salía de la habitación la envolvió, era cálida y dorada. Emilia parpadeó y observó qué el cuarto estaba lleno de cosas: Juguetes, colores, un tapete con figuras que recordaba haber pisado descalza cuando era pequeña, un oso de peluche sentado en una esquina, inclinado como si hubiera estado esperando años. Y en el centro—Una niña.
Estaba sentada en el suelo jugando, movía pequeñas figuras de plástico, murmurando historias en voz baja. Su cabello caía sobre sus mejillas de la misma forma que el de Emilia, también su forma de sentarse, de encorvarse ligeramente…Era ella. No una versión parecida o de otra dimensión, era ella a los siete tal vez ocho años.
—*Hola…* —dijo Emilia, sin saber por qué.
La niña no respondió.
Emilia dio un paso dentro del cuarto, el aire olía a algo que no había sentido en años, era talco, madera o tal vez el tiempo sin miedo.
—*¿No me ves?* — dijo con un nudo en la garganta.
Hubo silencio y la niña siguió jugando como si estuviera atrapada en un fragmento de tiempo que no sabía avanzar…o no podía.
—*Oye…* —susurró Emilia, acercándose más.
La niña no reaccionó. El cuarto empezó a sentirse más pequeño y el aire más denso. El oso de peluche, en la esquina, parecía haber cambiado ligeramente de posición.

—Creo que ya me quiero ir —dijo en voz baja.
La niña dejó de moverse, por primera vez y el silencio fue inmediato, pesado y antinatural.
—¿Ya te vas? — Se escuchó una voz… pero no vino de la niña.
Vino de alguien detrás de ella, entonces Emilia se giró y por un segundo, solo uno, pensó que había alguien más en el cuarto, algo más alto y más oscuro, observándola desde donde no debería haber espacio para nadie, pero cuando parpadeó…ya no había nada.

TE DIJIMOS QUE NO LO HICIERAS.

La curiosidad es una trampa perfecta. Al sostener este volumen, ya has ignorado la primera advertencia.

Cinco estudiantes de Comunicación y Periodismo decidieron adentrarse en las grietas de la realidad para jugar con sus propias pesadillas. El resultado es esta colección de relatos de terror psicológico y suspenso, creada con un único propósito: demostrar que los peores monstruos no tienen garras ni colmillos; son silenciosos, saben esperar y se esconden detrás de la normalidad cotidiana.

Aquí dentro te esperan esos miedos reales que todos compartimos en secreto: la incómoda certeza de sentirte observado en medio de la soledad, el frío helado que te recorre la espalda en una calle obscura y la sospecha de que la sombra en la esquina de tu cuarto no es una jugada de la luz.

Cumpliste con abrirlo. Ahora te toca descubrir si tienes el valor de terminarlo.

$30 MXN

101104 220469